

UN AUTO CIVIL CONTRA LA GUERRA DE CARMEN CONDE: *OÍD A LA VIDA*

FRANCISCO JAVIER DíEZ DE REVENGA
Universidad de Murcia

El teatro de Carmen Conde reúne unas características muy singulares que han dado lugar a que gran parte de su producción permanezca alejada de los escenarios, a pesar de la gran personalidad de su autora, a lo que se une que, al mismo tiempo, la mayoría de sus obras se encuentran inéditas y que las publicadas en vida de la autora lo hayan sido en revistas exclusivamente. Pero afortunadamente, entre los aspectos que se pusieron de relieve por primera vez, en las conmemoraciones del centenario de 2007, destaca la atención que se prestó a su vocación teatral y a su larga dedicación al teatro, aunque circunstancias excepcionales condicionaron y mucho la presencia editorial y en escena de sus obras.

Para tener una idea exacta de la intensa vocación dramática de Carmen Conde no hay ninguna prueba mejor que acudir al archivo del Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver de Cartagena, que conserva cuidadosamente todo el legado de la escritora. Entre sus papeles, admirablemente catalogados, se encuentran numerosos textos teatrales, y, entre ellos, *Oíd a la vida. Auto civil contra la guerra*. Se trata de un ejemplar mecanoscrito con anotaciones manuscritas, fechado en Murcia, en diciembre de 1936. De esa obra, el fragmento *Decir de la Tierra* fue leído en Radio Murcia por la autora el 30 de marzo de 1937 y publicado en la efímera revista *Radio Murcia. Revista Quincenal Ilustrada de Radiodifusión Órgano de la Emisora EAJ-17*, número 12, 1937. Y el texto *Decir de la Madre* fue publicado en la revista *Mujeres Libres*, número 12, en Barcelona, mayo 1938.

Lo cierto es que su contribución al teatro no está destinada a la escena, sino que, en realidad, sus textos, literariamente muy cuidados, son fronterizos y se aproximan a otros géneros como la poesía y la narrativa. Desde el punto de vista argumental, recogen situaciones y conflictos, expresados de una forma lineal, sin la construcción dramática exigida para la escena, mientras insiste la autora en sus preocupaciones por el ser humano, entre las que no es menor su condición de mujer, junto al misterio de la vida y sus indagaciones sobre el destino.

Carmen Conde es, en efecto, autora de una amplia producción dramática, pero inédita en gran parte. Tal como ocurre con su narrativa, toda esta parte de su produc-

ción está muy relacionada con su poesía pero sobre todo con su forma de ser y su pensamiento. Muchas de las preocupaciones que irán tomando cuerpo en su poesía a lo largo de los años ya están presentes en estos proyectos dramáticos iniciales y, desde luego, en las piezas escritas durante la Guerra de España cuando ya estaba refugiada en Murcia. En esos textos tan olvidados e inéditos por voluntad de su autora surgen ideas y planteamientos que luego se harán realidad en su obra ensayística y sobre todo en su obra poética en los años siguientes.

La publicación por la editorial Torremozas de este libro inédito *Oid a la vida. Auto civil contra la guerra* en 2019, con estudio introductorio de Anna Cacciola¹, permite conocer directamente uno de los escritos de guerra más interesantes de Carmen Conde, además de descubrir esta original aproximación al género dramático del auto sacramental que lleva a cabo la autora, en Murcia y en plena Guerra de España, en la línea de experiencias similares como las llevadas a cabo por Azorín, en *Angelita* (1930), Rafael Alberti, en *El hombre deshabitado* (1931), y Miguel Hernández en *Quién te ha visto y quién te ve y sombra de lo que eras* (1933), entre otros muchos, como estudió detalladamente Mariano de Paco², a quien sigue Anna Cacciola, cuando afirma en su estudio preliminar que, durante la guerra y la inmediata posguerra, «el género sigue influenciando diversos textos que mantienen o aluden a su carácter alegórico y, en la mayoría de los casos, prescinden de su sentido eucarístico» (pág. 20).

Destaca Cacciola en su estudio preliminar las especiales características de esta obra de Carmen Conde, sobre todo la fusión de lo alegórico y simbólico con la conciencia social y un claro proceso psicológico de introspección, lo que le permite abordar conjuntamente problemas éticos, sociopolíticos y metafísicos con una evidente presencia de su relación con lo poético, habitual siempre en las creaciones dramáticas de Carmen Conde.

Advierte Cacciola lo sugerentes que resultan las acotaciones dramáticas, que combinan las indicaciones funcionales con una cierta autonomía literaria, evidente en la relación de los personajes («quienes se mueven aquí») y su descripción psicofísica: 1) Las Aguas, 2) el Viento; 3) el Fuego, 4) la Luz, 5) la Sombra, 8) El que mató, 7) El que robó, 8) la Madre, 9) la Tierra, 10) el Joven.

La intención de la obra queda expresada claramente en un texto que incluye Carmen Conde al frente del mecanoscrito, en el que indica que «no es una obra teatral sino el canto de dolor de los elementos hechos por y para la vida, cuando se siente mordidos por la muerte». La obra se estructura, siguiendo el modelo barroco, sobre

¹ Carmen Conde, *Oid a la vida. Auto civil contra la guerra*, edición de Anna Cacciola, Madrid, Torremozas, 2019.

² Mariano de Paco, «Ángel Valbuena y el auto sacramental en el siglo XX», *Monteagudo*, 5, 2000, págs. 97-112.

un sistema de antinomias binarias, que enfrentan el bien y el mal, y que ahora prescinden del sentido teológico para adquirir un fin militante y social: la humanidad ha traicionado su esencia para propiciar la dinámica mortífera de la guerra, en la que participa.

Carmen Conde parte del esquema cuaternario (aire, tierra, agua, fuego) y lo amplía con otros dos elementos: luz y sombra. La autora tiene muy presente a Calderón de la Barca, a su drama *La vida es sueño* y sobre todo al auto del mismo título, en el que los cuatro elementos se enfrentan entre ellos. Esta relación con el teatro barroco refleja muy bien las intenciones de Carmen Conde a la hora de expresar su neoconceptismo metafísico, al que se refirió Jaime Siles³, y que tanta relación tiene con su poemario coetáneo *Mientras los hombres mueren*.

Se ocupa detenidamente Anna Cacciola en el estudio preliminar de definir lo que significa la obra como canto funerario de los elementos, en el sentido de que se pone de manifiesto la dialéctica acción-inacción representada por la muerte. Los elementos (agua, tierra, aire) sufren la acción devastadora de la muerte, pero el fuego formula una invectiva contra la obscenidad del morir, a pesar de su condición de víctima.

Las personificaciones del mal están representadas por los dos personajes humanos: El que robó, y El que mató, y reflejan la facción negativa de todos los sujetos poéticos. El clímax patético del drama se alcanza con el Decir de la Madre y el Decir de la Tierra, que son como un díptico por sus paralelismos simbólicos, lingüísticos y argumentales. La función maternal y reproductora de la Madre y de la Tierra, la presencia de la feminidad y de la fertilidad dotan a estos parlamentos de una trascendencia ideológica fundamental y muy avanzada para la fecha y las circunstancias en que la obra se escribe. Aunque durante la guerra y, a pesar de los avances producidos durante la segunda República, la función de la mujer era sobre todo valorada por representar la maternidad. La tragedia surge cuando Carmen Conde la representa no solo como la que sufre porque sus hijos van a la guerra, sino también la que padece porque los recibe ya muertos.

En el último cuadro, el Decir del Coro, reúne a todos los personajes. La Tierra ocupa un lugar central y protagoniza la escena, mientras se desarrolla una danza de la muerte, una danza macabra en la que todos los personajes participan. Aparecen además unos hombres oscuros, sin rostro, que traen los muertos de dos en dos. Tomarán la palabra y se convertirán en el polo opuesto a El que mató y El que robó. Son los héroes inmolados por alcanzar el ideal y la libertad pregonados por la Revolución. El

³ Jaime Siles, «El neoconceptismo metafísico de Carmen Conde», *Carmen Conde, voluntad creadora 1907-1996*, edición de Francisco Javier Díez de Revenga, Murcia, Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales, Patronato Carmen Conde-Antonio Oliver, Consejería de Cultura, Juventud y Deportes, 2007, págs. 69-81.

Joven será el último que intervenga para representar un final esperanzador.

Ha sido un acierto evidente recuperar esta interesante obra dramática de Carmen Conde, que ella no quiso o no pudo publicar en vida, sin duda por las implicaciones políticas que contiene. Pero que conservó cuidadosamente entre sus papeles con el fin de que en el futuro alguien, en algún momento propicio y oportuno, la diese a conocer. Por eso parece esta una iniciativa muy loable, sobre todo porque se completa y mucho la visión de la figura de la escritora al mostrar cómo, a través de los cuatro elementos de la naturaleza y a través de otra serie de personajes simbólicos o alegóricos, se pone de manifiesto nítidamente su rechazo de la guerra, de la violencia fratricida, dramatizado en pleno conflicto bélico, cuando permanecía refugiada durante la Guerra de España en una ciudad de retaguardia: la Murcia de diciembre de 1936.